

INTRODUCCIÓN

Beatriz Suárez Briones, María Belén Martín Lucas,
María Jesús Fariña Busto

Presentamos aquí una guía para navegantes del pensamiento feminista sobre la diferencia sexual, la construcción de la subjetividad y su expresión múltiple y heterogénea en textos de escritoras de diversas procedencias nacionales, raciales y lingüísticas. El pensamiento feminista ha puesto en evidencia la política sexual que sustenta el edificio social. La construcción del género ha sido el instrumento imprescindible de esa política: el binarismo de género construye, gracias a una ingeniería cultural impresionantemente eficaz, a uno de los sexos como *uno* (el centro, el modelo) y abandona a su suerte en los márgenes al *otro*. Pero los márgenes han demostrado ser lugares de producción cultural y de resistencia imprescindibles en este final de milenio.

La opresión sexual de las mujeres es un hecho *universal*, que se ha dado —hasta donde tenemos noticia histórica— en todo tiempo y lugar, aunque su expresión y características sean contingentes a cada momento y lugar específicos. Es *qua* sexo que se oprime a las mujeres en primer término; las otras formas de opresión social (la raza, la clase, la etnia, la nacionalidad, etc.) se construyen —y en cierto modo derivan— sobre la base del sexo. Todas y cada una de esas líneas de opresión se entretajan formando el *texto* de la opresión femenina. Es por ello que no existe un sujeto esencial mujer-sexo; se es mujer en un cuerpo físico y social específicos: se es mujer en un cuerpo joven o viejo, capacitado o con minusvalías, en una raza y en un lugar del mundo y en un tiempo y viviendo una vida material que pasa por todas estas formas de opresión o de privilegio. No existe, por lo tanto, la «mujer» sino las mujeres.

Para intentar hacer justicia a los discursos feministas sobre la alteridad, y al mismo tiempo contextualizar el pensamiento de la diferencia sexual

entre los otros discursos feministas, se ha diseñado un primer bloque de artículos («Feminismos») que visitan el *milieu* teórico de la *segunda y tercera ola* feminista. Los bloques segundo («Feminismos de la diferencia») y tercero («Escribir en femenino») de esta obra sitúan a la lectora frente a la escritura de mujeres en los ámbitos de las lenguas románicas, inglesa y alemana.

El primer ensayo de la colección, «La *segunda ola* feminista: teorías y críticas literarias feministas, de Beatriz Suárez Briones, presenta la historia de los turbulentos y apasionados años 1970 en los EE UU, en la doble vertiente de actuación feminista sobre las instituciones literarias: la *política sexual*, con su énfasis en la lectura como forma de resistencia a los procesos de ideologización inscritos en los textos literarios y su propuesta de *generar* lecturas políticas de los objetos culturales sirviéndose del género como instrumento imprescindible; y la *poética sexual*, con su atención a la escritura de mujeres y su invitación a desarrollar, desde una perspectiva *femenina* una(s) teoría(s) sobre la creatividad (también la representación y la subjetividad) femeninas. Hacia el final de los 1970 se hizo evidente que el nuevo sujeto *generado* de las políticas feministas era una ficción unitaria, que encubría (es decir, marginaba y silenciaba) otras dimensiones de la construcción de la identidad individual y social. El apasionado discurso militante de las feministas de la primera ola va cediendo terreno ante la exigencia más intelectual y teórica de las nuevas generaciones feministas. En la década de los 1980, y sobre todo la de 1990, se acusa el impacto en el corpus teórico feminista de la teoría psicoanalítica, la teoría lesbiana y la teoría poscolonial, que complejizan el sujeto «mujer» sacándolo fuera de los limitadores parámetros en que lo había encasillado la elaboración feminista (llevada a cabo, fundamentalmente, por académicas blancas, burguesas y heterosexuales) de los años 1970.

Los dos ensayos siguientes de este volumen —«La *e/vocación* de la *f(r)ase* maternal», de Elizabeth Russell y «Del oficio de escribir y del deseo. La palabra de las mujeres en la literatura francesa», de Nieves Ibeas Vuelta— son los encargados de acercarnos al ámbito del pensamiento feminista francés y de la literatura de mujeres en Francia en estas últimas décadas. Un panorama de palabras de mujeres que distan notablemente —en sus planteamientos, no en sus compromisos— del coetáneo angloamericano.

A partir de mayo de 1968, los distintos grupos de mujeres que funcionaban en las grandes ciudades francesas se organizan para crear el *Mouvement de Libération des Femmes*. Uno de los primeros en formarse fue «Politique et psychanalyse», que pronto se hizo el centro intelectual de MLF. Vinculado a este grupo desde su formación están las tres pensadoras

feministas más conocidas en el panorama internacional: Luce Irigaray, Hélène Cixous y Julia Kristeva. Tanto Irigaray como Cixous y Kristeva coinciden en considerar que el Orden Simbólico (expresión lacaniana que viene a significar lo social/cultural y su adquisición a través del lenguaje) patriarcal es falocéntrico, se rige por la Ley del Padre (nueva expresión de Lacan que implica las leyes psíquicas a través de las cuales interiorizamos la diferencia (heterosexual) y se expresa a través de un lenguaje que margina al elemento femenino y maternal. Pero las diferencias entre las tres pensadoras también son notables. A ellas pasa revista el artículo de Elizabeth Russell.

Para Russell, la propuesta de *escribir el cuerpo* (escribir con/sobre el cuerpo) de Cixous es una estrategia deconstructivista no sólo del lenguaje patriarcal sino también de las estructuras de poder patriarcales. Es la propuesta de una escritura sexuada en femenino, una *écriture féminine* que podría ser adoptada tanto por mujeres como por hombres. Una escritura vinculada al período preedípico de la vida, cuando madre y bebé forman una unidad simbiótica y prelingüística marcada por la empatía y la indiferenciación entre el «yo» y el «tú». Una escritura que evoca ese lenguaje preverbal, la *f(r)ase* maternal, «cuando madre y bebé se comunican en un lenguaje corporal, a través de gestos, gemidos, llantos y risas».

También Irigaray denuncia a la cultura occidental por falocéntrica y construida alrededor del deseo de lo mismo, deseo que borra la heterogeneidad y diferencia entre los sexos y al que ella define como *hom(m)osexualidad*. Como forma de resistencia a esa lógica de la uniformidad Irigaray propone a las mujeres un lenguaje sexuada en femenino, un *parler femme* (frase que resulta homofónica con *par les femmes*) celebratorio de la sexualidad femenina. Pero si Hélène Cixous proponía una forma de autorrepresentación para las mujeres al margen del Orden Simbólico, Irigaray busca articular un nuevo Orden Simbólico femenino porque, sin él, lo *femenino* es imposible.

Julia Kristeva insiste en el espacio de libertad que se abre para las mujeres en el período preedípico, marcado por la figura de la madre. Ella denomina a este período *semiótico*. A él se impone el Orden Simbólico, caracterizado por la adquisición del lenguaje, lo que implica la adquisición de las leyes, la abstracción y la lógica. Pero la Ley del Padre no acaba con lo semiótico: éste se reprime y origina el inconsciente. Desde ahí, no obstante, puede irrumpir para dismantelar la conciencia y subvertir la Ley. Lo *semiótico* se reviste, así, de un valor revolucionario y deconstructivo del orden falocéntrico.

Esta reflexión era imprescindible para entender la producción creativa y crítica de las escritoras francesas de las últimas cuatro décadas, como

recuerda también Nieves Ibeas, que, en «Del oficio de escribir y del deseo. La palabra de las mujeres en la literatura francesa», medita sobre las relaciones que se establecen entre el feminismo y la creación artística de las mujeres. Para Ibeas es incuestionable que la reivindicación de las mujeres de ser sujetos culturales pasa, en el ámbito de la literatura, por el análisis de las estrategias que construyen tanto la escritura como la lectura: «leer *como* mujeres», «escribir *como* mujeres» son, ambas, fórmulas para construir la identidad y la presencia de lo femenino en la historia. Autoras fundamentales para esta empresa son —además de Cixous, Irigaray y Kristeva— Simone de Beauvoir, la madre incuestionable del pensamiento feminista en el siglo XX, Annie Leclerc y Monique Wittig, Nathalie Sarraute y Marguerite Duras, autora esta última a la que Ibeas rinde homenaje en la parte final de su trabajo. En la línea del pensamiento de Julia Kristeva, Nieves Ibeas mantiene que hay que huir de ontologías esencialistas: «femenino» y «masculino», como «mujer» y «hombre» son categorías vacías en sí mismas, a las que los discursos hegemónicos llenan de sentido produciendo privilegios y exclusiones. Como ejemplo de estas exclusiones, Ibeas documenta minuciosamente el sesgo misógino en la valoración de la literatura de mujeres en Francia, cuando no la omisión descarada del quehacer literario de las mujeres.

Irigaray, Cixous y Kristeva hablan desde posiciones que aúnan la teoría psicoanalítica con la teoría marxista. Sin embargo su obra ha sido tachada —desde nuestro punto de vista con sólo una pequeña parte de razón— de esencialista y universalista; también de poco atenta a las diferencias entre mujeres y a las políticas concretas de lucha contra la marginación cotidiana que viven las mujeres en el mundo «real». Buena parte de esas críticas llegaron desde las mujeres del Tercer Mundo, que calificaron a las feministas francesas de elitistas y etnocentristas.

El ensayo de Isabel Carrera, «Feminismo y poscolonialismo: estrategias de subversión», es el encargado de adentrarnos en las (inter)relaciones de feminismo y poscolonialismo. La teoría poscolonial sufre un vertiginoso desarrollo —lo mismo que la teoría feminista— a partir de los años 1960, década en que se produce la cancelación definitiva del imperio británico. Ambos movimientos y formas ideológicas de liberación —feminista, poscolonial— han recorrido caminos semejantes y, desde finales de la década de 1970 han vivido el impacto de las teorías posestructuralista y posmodernista, con su énfasis en la deconstrucción del sujeto humanista (que, recordémoslo, es un sujeto *universal* supuestamente, pero varón, blanco, burgués, occidental y heterosexual *de facto*), la deconstrucción de la Historia y la reconstrucción subsiguiente de un proyecto de

transformación social que tenga en cuenta la multiplicidad de nuevos sujetos culturales.

Isabel Carrera demuestra que poscolonialismo y feminismo han utilizado conceptos y posiciones comunes para la deconstrucción de los discursos hegemónicos: la noción de *alteridad*, por ejemplo, imprescindible para desvelar las operaciones ideológicas que llevan a construir como *Otro* al sujeto mujer y al sujeto colonizado; el análisis de la jerarquización implícita en la construcción del par *mismo/otro*; el análisis de la lengua de los opresores y de las representaciones culturales de los sujetos mujer/colonizado; el interés por la *diferencia*, con sus (potencialmente infinitas) líneas de *alteridad*: la clase, el género, la raza, la etnia, la cultura, la edad, la formación, la religión, la nacionalidad... Al mismo tiempo tanto feminismo como poscolonialismo subvierten la autoridad y el poder patriarcal e imperial y producen un arte *resistente* que utiliza la ironía, la parodia, el hibridismo, la reescritura de la(s) historia(s), u otras fórmulas para ensayar nuevos modos de decir una realidad y una subjetividad también nuevas. La reescritura de los clásicos como forma de diálogo con el canon literario ha producido en la escritura del ámbito poscolonial una riquísima intertextualidad que invita a mirar al mundo —y, obviamente, a los textos culturales— con ojos nuevos, y nos obliga a ser más conscientes de las diferencias entre las mujeres en sus variados contextos culturales, sociales y psicológicos. También a, como dice Gayatri Spivak, *desaprender* nuestros privilegios.

Además, tanto el feminismo como el poscolonialismo han prestado atención especial al lenguaje y al cuerpo. Al lenguaje por su poder para colonizar, para someter y para *naturalizar* lo que es creación cultural. Al cuerpo, porque es *encarnando* las diferencias en cuerpos específicos (el cuerpo femenino, el cuerpo colonizado) que el poder cobra realidad en cada sujeto humano. Ambos corpus de pensamiento han sido, además, autocorrectores mutuos: el feminismo de los 1970, desarrollado con preferencia por académicas blancas y occidentales y que pasó por alto lo particular racial, tuvo que enfrentar su omisión de los aspectos raciales gracias a la labor de los diversos movimientos feministas negros; el poscolonialismo tuvo que enfrentar su olvido del género gracias a los movimientos feministas.

La otra corriente fundamental para el análisis de la *alteridad* está siendo el pensamiento lesbiano. La teoría lesbiana se encargó de demostrar que el par hombre/mujer se había erigido en centro irrefutable en la teoría feminista (obviamente, no sólo de la teoría feminista). Este binarismo reproduce las fórmulas del poder —y, en última instancia, el sistema— al plantear siempre la teorización sobre la diferencia sexual en términos de

complementariedad o asimetría entre los sexos. La presuposición implícita e inexamineda de la heterosexualidad la produce como naturaleza y la dota de las marcas de lo natural: normatividad e irreversibilidad, poniéndola a salvo, por lo tanto, del escrutinio crítico. Se crea así una nueva jerarquía binaria: el par hetero/homo (o bi o trans o auto) sexual, y nuevos espacios marginales y de marginación. Pero también nuevos espacios de producción crítica, cuyos avatares relata el artículo de Noni Benegas.

Benegas propone su trabajo, «Cartografía lesbiana: una travesía», como pequeña historia de la literatura lesbiana. Esta historia ha de comenzar, inexcusablemente con Safo, la poeta de Lesbos cuyo nombre o el de la isla en que vivió han dado nombre al amor entre mujeres. Su aportación inmensa —según argumenta Noni Benegas— ha sido la de «establecer el repertorio de síntomas del amor para Occidente», aunque con el matiz fundamental de que Safo canta como mujer, y desde un sujeto femenino, su pasión por otra mujer. La escritura de Safo es la escritura del gozo del cuerpo femenino, una poesía que canta a una sexualidad femenina relacionada con el placer y que excede sus funciones reproductoras.

Tras Safo, sin embargo, vinieron siglos oscuros, y hemos de esperar hasta el Renacimiento para que se produzca una revolución cultural que permitirá pasar a lo humano al centro de interés de la indagación intelectual y estética. El gusto por la antigüedad clásica y el neoplatonismo traerán a primer plano a la amistad romántica, una amistad que tendrá entre las mujeres sus mayores cultivadoras durante los próximos trescientos años. Al amparo de la moda de la amistad romántica muchas mujeres se atrevieron a confesar su sentimiento por otras mujeres. El siglo XVII depura a la historia universal de las Letras la figura gigantesca —su trágico final demuestra que fue, efectivamente, demasiado grande para su época— de Sor Juana Inés de la Cruz. Aunque de Safo, con su canto explícito al amor y al deseo por otras mujeres a Sor Juana, que oculta, borra, niega su sexualidad y su cuerpo todo lo que puede, han pasado veintitrés siglos de historias de denegación e inferiorización de la sexualidad femenina.

Con la Ilustración se produce una nueva revolución cultural que posibilitará un deslizamiento epistémico: los ideales de libertad, igualdad y fraternidad no serán en vano para las mujeres. En Francia, la influencia en la vida social y cultural de las mujeres crece. El amor entre mujeres se vuelve apetitoso para una literatura que carga las tintas en los tonos mórbidos y concupiscentes del safismo, al gusto del imaginario erótico de una elite de varones ilustrados. A lo largo de los siglos XVIII y XIX la lesbiana es construida como una seductora, una vampiresa cuya inquietante presencia provoca turbación e interés en inocentes jovencitas. Siempre un ser

marginal y fuera de la ley, la lesbiana terminará muriendo, con lo que la jovencita queda a salvo y todo vuelve a la normalidad.

Desde mediados del siglo XIX un nuevo giro cultural abrirá horizontes imprevisibles para la expresión del amor y del deseo homosexuales. La sexología primero y el psicoanálisis después se interesarán por el análisis de la *inversión sexual*, y permitirán formular la inocencia del sujeto homosexual, dado que si la homosexualidad es una enfermedad innata nadie puede ser legalmente castigado por ella. Las políticas de identidad y de liberación de la comunidad lesbicgay comienzan a fraguar en este momento. Y por fin ocurre para todas las mujeres el advenimiento del feminismo. Y el nuevo orgullo lesbicgay. Ambos movimientos, imparables, abrirán posibilidades sociales y estéticas de liberación y permitirán la consolidación, en el ámbito de la ficción literaria, de nuevos personajes por fin normalizados.

Por último, y como muestra del modo en que feminismo, poscolonialismo y pensamiento lesbiano se funden en un lenguaje heteroglósico y autorreflexivo, ofrecemos el ensayo de la escritora gallega María Xosé Queizán, escritora que ocupa un lugar singular (por «único» y por «extraordinario») en el panorama de la literatura no sólo gallega sino también del estado español. Su escritura es un espacio profundamente magmático donde confluyen lo personal y lo político. Figura histórica del movimiento feminista gallego y portavoz del nacionalismo de izquierdas, Queizán ha escrito para esta colección «Parir o pensamento», texto que presenta una reflexión sobre las búsquedas de su propia escritura. Una escritura que abarca todos los géneros y desmitifica los mitos y las metáforas patriarcales; que es transgresora tanto en lo personal como en lo social por sus propuestas *utópicas*; una escritura que propone la conciencia y la libertad como horizonte para los seres humanos. Ahora bien, para el ejercicio de libertad al que invita la obra de María Xosé Queizán —y pese a que la escritora se inscribe dentro del territorio intelectual abierto por la Ilustración— es imprescindible pensar y marcar las diferencias y no ceder ante la invitación universalista de *la igualdad* hecha según los parámetros masculinos. María Xosé Queizán postula con su obra una libertad que, porque lo es de veras, cuenta con la libertad de las mujeres y con la libertad de los pueblos.

Y como *coda*, insistir en que el feminismo no es una ideología unificada; muy al contrario, siempre ha habido debates apasionados dentro del feminismo y la mejor teoría feminista se ha formado precisamente alrededor de y gracias a las encendidas polémicas entre las distintas tendencias y entre las distintas personalidades feministas. De ello es prueba el presente volumen.

Las aportaciones sobre la producción literaria feminista en los países de habla inglesa revelan una coincidencia en partes del mundo aparentemente muy diferentes entre sí, en su crítica del feminismo eurocéntrico. Además, la convergencia de los parámetros del imperialismo y del patriarcado queda patente en la literatura de mujeres provenientes de contextos tan diversos como África y el Caribe, Canadá, y Estados Unidos. Ana Bringas, Belén Martín y Pilar Cuder analizan en sus respectivas contribuciones la evolución del feminismo en la literatura de estos países, que se mueve en los años ochenta hacia una nueva concepción del mismo basada en la solidaridad, entendida como una defensa de la igualdad en la diferencia.

Pilar Cuder abre su contribución con una breve pero concisa historia del feminismo desde los años sesenta, partiendo de una crítica de la nostalgia del feminismo blanco contemporáneo, que ella ve como un claro síntoma de regresión a ese feminismo de la segunda ola. Las autoras de color por el contrario critican en este movimiento de las mujeres blancas la búsqueda de un sujeto femenino unitario y homogéneo oprimido por un patriarcado monolítico, y lo rechazan abiertamente. El feminismo se asocia ahora con las preocupaciones de las mujeres blancas de clase media, que mantienen sus privilegios sociales a costa del trabajo de otras mujeres. La aparición en los ochenta de diversos grupos de acción basados en características comunes determinadas como etnia, opción sexual, o clase, han llevado a algunas teóricas feministas a hablar de la desintegración total del movimiento y de posfeminismo. A través de la evolución en la obra de la escritora afroamericana Terry McMillan, Pilar Cuder propone una nueva concepción del feminismo en Estados Unidos, caracterizado por el equilibrio entre la singularidad del individuo femenino y la solidaridad colectiva entre mujeres, no sólo de un grupo social concreto, sino entre todas las mujeres. El análisis ofrecido por Pilar Cuder de las relaciones intergeneracionales entre mujeres en las obras de Amy Tan y Julia Álvarez confirma esta nueva visión del feminismo en Estados Unidos, como un feminismo que respeta las diferencias y establece vínculos comunes.

Los artículos de Ana Bringas y Belén Martín coinciden en su análisis de la utilización del cuerpo femenino como representación simbólica de la nación y de la tierra en los territorios colonizados. En sus colaboraciones se establecen los paralelismos existentes entre los discursos del imperialismo y del patriarcado, y la coincidencia en muchos de los presupuestos teóricos del feminismo y del poscolonialismo, que se articulan mediante la resistencia a una autoridad dominante y tratan de subvertir el lenguaje hegemónico a través de las revisiones y reescrituras de las narrativas tradicionales. Sin embargo Ana Bringas discute además los puntos de

divergencia entre ambas teorías, debido a la connivencia con la ideología patriarcal, que ha favorecido la formación de un canon poscolonial exclusivamente masculino que no sólo deja en sus márgenes las experiencias femeninas, sino que ha llegado a acusar a las autoras feministas de este entorno de traición a la causa nacionalista y a sus propias culturas.

Tanto Ana Bringas como Belén Martín exponen en sus artículos los usos metafóricos del cuerpo femenino para la sustentación no sólo del discurso imperialista, sino también del patriarcalista, en los movimientos nacionalistas de liberación de las excolonias. Así, Ana Bringas recoge los principales estereotipos de la mujer negra en el canon literario masculino negro: la prostituta o amante, que viene a dar cuerpo a la corrupción de la colonización, y la madre fecunda y abnegada, que representa al continente africano. Frente a estos usos y abusos del cuerpo femenino, las autoras africanas y afrocaribeñas, entre ellas Buchi Emecheta, Ama Ata Aidoo, Grace Nichols y Jamaica Kincaid, recuperan el cuerpo femenino como tropo de poder, ofreciendo una redefinición de los cánones de belleza en sus propios términos, criticando la poligamia, o desmitificando la maternidad, dejando constancia en todo caso de su compromiso político activo con la reescritura de la representación literaria de la mujeres negras.

En el caso canadiense, analizado por Belén Martín, se establece un claro paralelismo entre la trayectoria histórica del feminismo y del nacionalismo independentista con respecto a las metrópolis británica y estadounidense, que convergen en su desafío a las tradiciones dominantes, así como en sus definiciones en los discursos del patriarcado e imperialismo respectivamente, en términos negativos y simplistas que reducen su pluralidad. Las autoras canadienses responden con una subversión de estos términos basada en la hibridización cultural a todos los niveles, que surge de la propia convivencia multicultural. Destaca en ese contexto la mezcla del feminismo quebequés, de tendencia más francesa, con el anglosajón, que da lugar a la experimentación con el lenguaje y las formas literarias en la que se implican nuevas concepciones del deseo, la sexualidad y el cuerpo femenino. La hibridización se traduce asimismo en la fusión de teoría y ficción, tan característica de aquel país, y en la creación de nuevos géneros literarios, como el ciclo de cuentos, la fotoficción, y otros ensamblajes que configuran el texto feminista como un trabajo de bricolaje.

Ambos artículos subrayan también la propuesta de las autoras del llamado Tercer Mundo del feminismo de la diferencia del que hablaba Pilar Cuder, atendiendo especialmente a las acusaciones de colonización por parte del feminismo blanco occidental. La mujer blanca se encuentra en las antiguas colonias en una ambigua posición, como colonizadora y colonizada, mientras que la mujer de color padece una doble o triple

colonización, debido a su género y a su raza. Las autoras africanas y afrocaribeñas rechazan el modelo de la mujer blanca del feminismo liberal eurocéntrico que excluye sus experiencias, mientras que las mujeres de las minorías étnicas en Canadá provocaron un debate en el feminismo a principios de esta década que se extrapoló a la esfera intelectual nacional en términos de Censura vs. Racismo, en el que autoras de color como Marlene Nourbese Philip, Claire Harris, o Lee Maracle aludían al paralelismo evidente de los discursos racistas y sexistas, abogando por una acción positiva de los feminismos en defensa de la igualdad en la diferencia.

En su artículo sobre la narrativa feminista contemporánea en lengua alemana, Margarita Blanco ofrece una amplia panorámica sobre la evolución histórica de las propuestas literarias dentro de este movimiento desde el llamado Punto Cero, momento en que, tras la Segunda Guerra Mundial y el régimen nazi, la cultura alemana busca una redefinición. Las autoras de este primer período establecen un claro distanciamiento con respecto a su reciente pasado, que se refleja en la escasez de textos autobiográficos. Margarita Blanco centra su análisis en aquellas obras posteriores a la década de los sesenta, cuando el feminismo irrumpió con fuerza en la sociedad y en las letras alemanas. Se caracteriza esta fase por la intensa y obsesiva búsqueda de un lenguaje propio, alejado del pensamiento androcéntrico del lenguaje dominante. Autoras como Verena Stefen, Ingeborg Bachmann, Christa Reinig, Ilse Aichinger, o Elfriede Jelinek realizan una exhaustiva revisión del lenguaje, demostrando con frecuencia la inutilidad de las palabras para expresar las vivencias, sentimientos y pensamientos de las mujeres que pueblan sus narraciones. La sátira, la ironía, la caricatura, e incluso la agresión verbal son estrategias de desestabilización y subversión del lenguaje del patriarcado. El problema de la representación de la identidad femenina desemboca inevitablemente en la definición de esta identidad. A lo largo de todas sus narraciones, estas autoras proponen modelos de mujer contrarios a los modelos patriarcales, participando en la búsqueda común del Yo femenino que, como Margarita Blanco lee en la obra de Ingeborg Bachmann, ha sido asesinado por las condiciones sociales de una época histórica especialmente violenta. Margarita Blanco realiza aquí un relevante análisis de las diversas estrategias empleadas por estas autoras para emprender el camino hacia la construcción de esos modelos de mujer alternativos. Estas propuestas van desde la revisión y reescritura de los mitos y arquetipos femeninos literarios a la recuperación para la historia de figuras femeninas voluntariamente olvidadas por la historia oficial del patriarcado, pasando por el estudio detallado de las difíciles relaciones entre mujeres dentro de este sistema social. Así, Margarita Blanco nos

presenta las trayectorias literarias de Christine Brückner, que reescribe las figuras femeninas de la literatura canonizada, incluyendo entre ellas a Desdémona, Laura o la Virgen María; de Christa Wolf, que reinterpreta la figura mitológica de Casandra y recupera a la escritora romántica Karoline von Günderrode; de Elfriede Czurda, que desenmascara los peligrosos mitos del amor; y de Irmtraud Morgner, que rescata del olvido a la trovadora Beatriz para transportarla a la República Democrática Alemana. La historia y el canon literario sirven así a estas autoras como telón de fondo sobre el que describir la situación de la mujer contemporánea en Austria y Alemania. Dos jóvenes autoras de este momento, Elfriede Jelinek y Waltraud Anna Mitgutsch, retratan relaciones entre mujeres de hoy, marcadas todas ellas por la rivalidad, la violencia y la marginación. En sus narraciones, como en las de muchas de las autoras ya mencionadas, no sólo en este ámbito sino en otras lenguas y culturas, el cuerpo femenino se constituye en emplazamiento de frustraciones y deseos, de represión y dominación.

El conjunto de trabajos agrupados en la tercera sección de este volumen podría ir precedido por una pregunta: ¿qué significado tiene la experiencia de la escritura para una mujer? Aunque las diferentes historias personales y sociales de cada escritora definen respuestas también muy diferentes, sin embargo, ha existido y todavía existe una experiencia común de partida: el rechazo social y cultural al hecho de que las mujeres tomen la pluma, instrumento a través del cual se ha vehiculado —construido y transmitido— metafóricamente el sistema de valores patriarcal. Desde enfoques críticos distintos y sobre un número de textos amplio y dispar, cada uno de los ensayos desvela ese vínculo reconocible que, en unas ocasiones, se traduce en una mirada crítica y audaz y, en otras, simplemente refleja los gestos del sistema.

En su artículo «La literatura, entre pensamiento y acción», Aicha Lemsine reflexiona sobre las extremas dificultades de las mujeres árabes-musulmanas no ya para escribir, sino para escribir y no ser silenciadas. La búsqueda estética se superpone siempre en su expresión al abierto uso de la literatura como un medio de lucha contra la opresión; incluso de esta forma, el poder utiliza todo tipo de estrategias para prohibir y censurar sus palabras, acudiendo fundamentalmente a la de enfrentar a las propias mujeres entre sí. Lemsine enfatiza la circunstancia de que son las escritoras quienes más hablan para/a las conciencias y expone su particular trayectoria personal del rechazo familiar y comunitario cuando manifestó su deseo de escribir.

En un ensayo de obvio significado poético, «La melancolía de las panteras negras», Luisa Futoransky instala también su mirada en la

experiencia de aquellas mujeres —«nuestras abuelas y bisabuelas»— a las que significativamente denomina «las mudas» y no porque no hablaran «porque a veces gritaban como fieras», dice la escritora argentina en su texto—, sino porque el testimonio escrito, sobre todo producido por ellas, es prácticamente inexistente: «De esas mujeres quedan escasas —cuando no traficadas— partidas de nacimiento e intactas las de defunción, que obviamente ellas no escribieron». Futoransky recuerda el peregrinar de sus antepasadas, judías inmigrantes que tuvieron que enfrentarse a un sinfín de pérdidas y adaptarse a nuevas palabras y a nuevos imaginarios. Se trata de rendir un homenaje, pero por encima de esta intención o de cualquier otra se trata de subrayar el carácter delictivo de la omisión, del silencio, que los legitimadores de la historia suelen llevar a cabo con destreza.

Zulema Moret aporta una perspectiva que enfrenta desde otro lugar las relaciones entre cuerpo y escritura. Textos de las argentinas Griselda Gambaro y Susana Silvestre, de la venezolana María Auxiliadora Álvarez, la chilena Diamela Eltit y la cubana Ana Mendieta sirven de marco a «Esos cuerpos escritos con sangre». Aquí, el cuerpo femenino es tomado como *locus* de representaciones vinculadas a la crueldad, lo abyecto y el horror, términos que integran una serie de ejercicios de purificación, apoyados en el sacrificio y el dolor de los personajes, víctimas de sí mismos o del sistema de control social. Los cuerpos físicos se transforman en cuerpos políticos y sociales que descubren el horror, la desintegración, el desmembramiento social y de la Historia o de las historias oficiales o marginales, además de las particulares.

Del cuerpo y sus máscaras, del cuerpo genérico y el generado y generalizado por la cultura, y de sus actuaciones y disidencias, se ocupa «Condición de mujer», de María Jesús Fariña, un recorrido por textos poéticos de Cristina Peri Rossi en los que las políticas del género son evidenciadas y desconstruidas. Los poemarios de la escritora uruguaya no sólo pretenden fragmentar las convenciones culturales sobre la sexualidad y el placer erótico, sino promover la construcción y proyección de nuevos imaginarios y de un lenguaje capaz de expresar la sexualidad de las mujeres y los espacios de su deseo.

Finalmente, la posibilidad o imposibilidad de determinar un canon ideológico, axiológico y textual de la experiencia de las mujeres en la novelística femenina en castellano de los últimos diez años constituye el objetivo de Ana María Spitzmesser en «Feminismo y novela: reflexiones para una experiencia común». Las preocupaciones de las siete escritoras cuyas obras han sido convertidas en *corpus* de trabajo remiten a ámbitos bien distintos de los contemplados en los ensayos que lo preceden. Ocupa protagonismo aquí la clase media más o menos adinerada y un *nomadismo*

no sólo espacial, sino sobre todo de actitud vital, que aleja a los personajes femeninos de los parámetros definitorios del que era hasta un determinado momento su mundo habitual. Es característico también que estos personajes desarrollan su vida en el terreno de lo particular y mínimo, manteniendo casi en exclusiva una relación consigo mismas y al margen de los grandes significantes sociales, lo que puede ser leído en sentido restrictivo, en tanto que son protagonistas que no abren caminos para las mujeres del futuro, o en sentido liberador, en tanto que la integración social pasa por una aceptación previa de los modelos impuestos por el orden patriarcal.